CARLOS A. DISANDRO

LA TERCERA POSICION y la neutralización argentina

EDICIONES PATRIA LIBRE
CORDOBA

A D V E R T E N C I A

Es este el texto completo de una disertación, preparada para el Centro de Estudios Geopolíticos *(Córdoba), pero que fue leída primero en la* Agrupación de Profesionales y Técnicos Peronistas, *de La Plata (marzo/84), y luego en el mencionado* Centro *(abril/84), ante un calificado y fervoroso auditorio. Su redacción, elaborada en el mes de febrero/84, se completó con la lectura y análisis del ensayo de Mr. H. Kissinger, aparecido en la revista norteamericana* TIME, *del 5.III.84, con el título:* **A Plan to Reshape NATO.**

Pronunciada la conferencia en las ocasiones mencionadas y en otras posteriores, en particular en el Centro de Estudios Geopolíticos *de Buenos Aires, ha recibido amplia confirmación con el contexto de una conferencia leída por el citado H. Kissinger, en Viena el 15 de mayo/84, y por el tenor de la entrevista entre nuestro canciller y el príncipe de la Sinarquía, propuesto a la conducción de los "subdesarrollados" (como nos llaman). En esa conferencia el procónsul imperialista y mundialista insiste en su conocida tesis sobre las funciones planetarias, operativas y promotoras de las multinacionales, denominación forjada por los círculos sinárquicos para hacernos creer que algo queda de la vieja "nación".*

Hace más de diez años en los tramos finales de la llamada "revolución argentina", mencioné y discutí estas concepciones de Kissinger, esgrimidas para dominar los pueblos americanos; alerté sobre el mismo plan sinárquico en febrero de 1975, cuando se advertían de modo inequívoco, los signos de un deterioro del poder constitucional justicialista, muy cerca ya el famoso "proceso"; profundicé en esa línea y con numerosas conferencias la significación política y cultural del plan Kissinger, aludido también en este texto ahora publicado; en fin interpreté la guerra de Malvinas y la derrota militar de nuestras fuerzas patrióticas, como parte de un plan del Royal Institute of International Affairs *(R.I.I.A.) y del* Council on Foreigns Relations *(C.F.R.) para desmembrar el territorio argentino, según la "táctica de Corea", de la que nos habíamos ocupado largamente en la revista* La Hostería Volante *(desde 1960).*

Lamentablemente la situación se ha agravado con este gobierno radical y con las inepcias utópicas del canciller Dante Caputo, que como A. Haig y N. Costa Méndez se incluyen en la línea operativa de Kissinger. El país no parece encontrar el modo prudente y eficaz de reconstruir sus relaciones internacionales, y los ideales de una "tercera posición", cada vez más lejanos en la implementación, son erosionados en la doctrina por una tenaz guerra semántica que propone siempre algún Ersatz *(sustituto), aproximativo y funesto. De esa nueva fase en que transcurre la Segunda Guerra de la Independencia y de ese nuevo calibre conspirativo se ocupa este modesto cuaderno.*

A esos insólitos recursos, esgrimidos por vaticanistas, soviéticos y yanquis, incrustados profundamente como es

lógico en el gobierno radical, responden estas páginas sucintas y densas, con el ánimo de proseguir desde nuestra trinchera solitaria la guerra semántica, que entrevimos hace cuarenta años. En esa guerra hemos visto sucumbir las más altas jerarquías, que ahora la dirigen contra la Res Pública, *de raigambre romana, contra los pueblos y naciones americanas. Nosotros en cambio, en la difícil misión que nos compete, la del humanista y filólogo, no hemos sucumbido, porque no somos indios desarrapados, para el último abalorio del papa, ni metecos para el último producto de la sinarquía; ni sucumbiremos, porque no nos gobiernan los ejercicios espirituales del judeo–cristianismo, proclive siempre a entregar una tierra sagrada por un paraíso obsoleto. Defenderemos las Termópilas hasta el fin.* [C.A.D. Córdoba, 25 de mayo de 1984].

1

Una vez más nos enfrentamos con un deterioro profundo de la república, ocasionado en realidad por una discordia contraria a la concertación social, propugnada por nuestro movimiento y por su ilustre fundador. Ese deterioro y esa discordia integran una guerra civil latente, iniciada por la violencia de 1955, que implementó la destrucción del Estado Justicialista con consecuencias que están a la vista.

Una vez más debemos profundizar la doctrina, definir sus líneas operativas y conciliar soluciones empíricas urgentes, pues en el mundo contemporáneo, de poderosas tensiones imperialistas, de todos los signos, los centros de poder mundial no tolerarán un vacío de eficacia política en el cono sur americano, una falencia de integración territorial, marítima y aérea, una disponibilidad de recursos naturales (renovables y no renovables), que están escindidos de la voluntad política de un pueblo en derrota, de un pueblo reducido a ser servidor de otros intereses que no son los de nuestra América.

En ese contexto la reconstrucción de las relaciones internacionales argentinas, en el sentido que deducimos de la doctrina justicialista para esta coyuntura conflictiva, esa

reconstrucción es una prioridad incuestionable. Muchos obstáculos se interponen para impedirla, pero es nuestro deber proclamar la nitidez de la doctrina, urgir su aplicación fecunda, denunciar al enemigo, esté en el llano o en el poder, foráneo o cipayo, siervo que se cree supuestamente libre, o libre que mancilla la libertad americana haciéndose siervo de la sinarquía mundialista.

Ahora bien, un elemento fundamental de la doctrina internacional justicialista es la Tercera Posición. En estas reflexiones nos proponemos pues retomar sus fundamentos políticos, confrontarlos con la situación presente y deducir luego ciertos perfiles que debemos requerir de nuestros representantes en las magistraturas políticas, o en forma más generalizada del gobierno constitucional presente, que para eso fue elegido, para servir a la Nación, defender su entidad política y **solucionar** de modo empírico prudente el grave deterioro de sus relaciones mundiales. Pues gobierno constitucional quiere decir eso: instauración, consolidación y defensa de todo lo que haga a la continuidad histórica de la Nación Argentina y a la precisión empírica de un Estado, que sea expresión de la **Res Publica**, y no campo mostrenco para una secta de utopistas, trasnochados ideológicos, resentidos agentes de una subversión semántica que en nombre de la paz pueden precipitarnos en la guerra civil, y que en nombre de los derechos humanos, podrían hacer sucumbir los derechos argentinos al suelo y al espíritu de la historia argentina.

La Tercera Posición integra como sabemos la esencia de las tres notas del apotegma peronista: soberanía política, independencia económica, justicia social. Aunque es común decirlo u oírlo en cualquier ordenamiento, es lógica la trabazón interna del apotegma, en cuanto soberanía políti-

ca coloca el fundamento inexcusable de todo lo demás. Y esta exigencia es de hierro para el peronismo y para todo el país, sobre todo en estas coyunturas. Lo vemos en la actual circunstancia de la guerra con Gran Bretaña, de sus secuelas políticas internacionales, de su repercusión en las delicadas tensiones internas de nuestro país. Pues tanto en el plano lógico de los conceptos, como en el plano empírico de la política internacional, si omitimos o callamos el dato de la soberanía, ¿qué podemos conversar con Inglaterra y a qué terreno espinoso nos llevarán esas conversaciones? Lo mismo podría decirse del caso Beagle, cuyas condiciones instrumentales concretas todavía ignoramos, e ignora el Congreso, contra los preceptos constitucionales, desde el rechazo del laudo arbitral hace ya siete años. Pero sean las que fueren esas condiciones, no pueden infringir la nota de soberanía. Y en este sentido la responsabilidad del parlamento, y en particular de los legisladores peronistas, es verdaderamente grave. Por ello aunque *Tercera Posición* es un contenido político común, esencial de todo el apotegma, esta vez consideraremos preferentemente su relación con *Soberanía Política,* que es como dije el término semánticamente mayor.

Ahora bien, en *Soberanía* se incluyen entre otros constitutivos inexcusables, uno que se refiere al poder y otro a la integridad de la Nación o a la continuidad del Estado.

El primer constitutivo se formularía así: Soberanía significa definir centros de decisión política, no por agresión, capricho, o discrecionalidad arbitraria, sino porque esas decisiones implican el acto de forjar concretamente la existencia de la Nación jurídicamente perfilada. Pongo un ejemplo: en los inicios de la revolución justicialista, en las circunstancias del fin de la II guerra mundial, Perón creó

por decisión política soberana el Consejo Nacional de Posguerra y la Junta de la Propiedad enemiga. Posteriormente otorgó el voto femenino y erigió en Provincias las antiguas gobernaciones, que arrastraban una existencia burocrática proclive a la desintegración del estado. Podrían multiplicarse los ejemplos. Pero ese principio debe ser aplicado ahora a aquellos márgenes que el peronismo controla en la actual coyuntura, enfrentando si es necesario sin mayor contemplación un poder oficialista, atado al carro de las decisiones mundiales.

Luego definimos un segundo constitutivo que como dije integra la entidad de la Nación y la continuidad del Estado. Por comodidad llamo a este constitutivo *margen o recurso operativo en el ejercicio internacional de la soberanía argentina.* Es claro que si perdemos los márgenes operativos en las Relaciones Internacionales; si la soberanía no es un acto de decisión internacional, libremente pactado o insertado en la comunidad de las Naciones, entonces la soberanía es nada. Pongo el ejemplo de uno de los últimos aportes de la clarividencia del General, el arreglo de la cuestión limítrofe con el Uruguay, en relación con el trazado de la línea divisoria del Río de la Plata, el límite de su desembocadura para establecer las aguas territoriales, la soberanía inexcusable sobre la isla Martín García, aunque dentro de un modus operandi que concierta con el Uruguay un status jurídico ad hoc. Muchos se han quejado de este acuerdo, sosteniendo que Perón declinó con ese tratado la soberanía en el Plata. Eso carece de todo fundamento histórico y político, y si bien aquí no podemos recapitular todos estos pormenores, conviene recordar el conjunto de factores geopolíticos, las decisiones tomadas durante los dieciocho años de exilio de nuestro jefe, la devastadora ac-

ción de la revolución del 55, cuya acción contó con el apoyo de Montevideo, hasta entonces enclave inglés en América, los recursos desplegados desde el gobierno de Onganía, para comprender que los márgenes del justicialismo eran escasos en 1973 y 1974. En esos márgenes precisamente actuó una decisión política, de incalculables repercusiones ahora. Por eso le llamo clarividencia, porque hoy la Argentina cercada por el oeste chileno, por el este brasilero, por el norte boliviano y por el sur anglo-yanqui, tiene libre de conflicto, subrayo: libre de conflicto la entrada del Río de la Plata, y por ende el acceso fundamental a la cuenca, aunque se planteen diversos problemas de navegación por la carencia de un puerto de aguas profundas. Pero ésa es otra historia interna, provocada por los poderes sinárquicos internos de la Argentina, y no una responsabilidad del justicialismo, ni del gobierno constitucional de 1973-1974.

Ahora bien, la Tercera Posición como instrumento de concepción política ha sido y sigue siendo la condición indispensable para decidir y operar frente a los bloques sinárquicos o frente a las tensiones mundiales, con que la sinarquía gobierna los conflictos globales, zonales o estrictamente localizados y con los que define la consecución de objetivos concretos; dimensionables sólo en un planteo geopolítico global. Esta fue la desdicha de la guerra del sur. Son importantes pues estas distinciones para percibir, a su vez, la operatividad o el asedio del enemigo, y disponer cursos de acción prudente, empírica, eficaz. Todo lo demás es *hablar* de soberanía, no *hacer* soberanía.

Por esto la doctrina de la Tercera Posición, elaborada en un momento muy especial de los orígenes del peronismo, en medio de la guerra contradictoria, para preservar la neutralidad argentina, y sobre todo en la posguerra si-

nárquica que repartió en Yalta las esferas del poder, esa doctrina pues presupone sus fundamentos en los orígenes del poder nacional, cimentado para el peronismo en la comunidad organizada. Su praxis a su vez depende de una inteligencia global de las geopolíticas que se enfrentan o coaligan, para decidir según los intereses de los imperialismos el destino zonal de vastos espacios, cuya dimensión histórica no ha sido perfilada por una voluntad política. Pongamos dos ejemplos ilustrativos de estos complejos trasfondos internacionales, para pasar enseguida al segundo capítulo de nuestra disertación de hoy.

El primero es el famoso Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (T.I.A.R.), firmado en la Conferencia de Río de Janeiro en 1947. Era nuestro canciller el doctor Atilio Bramuglia. El General condujo estas difíciles negociaciones haciendo triunfar precisamente un centro de decisión soberana, aunque eran evidentes los propósitos tiránicos de EE.UU. con el gobierno de Truman, sucesor del tirano imperialista F. D. Roosevelt, que América y el mundo recuerdan como uno de los más nefastos sinarcas contemporáneos. Más, la decisión argentina incluyó en los límites que fija el tratado, en cuanto a su aplicación político-militar, nuestras islas Malvinas, los archipiélagos del sur y por ende el sector antártico y sus accesos marítimos. Treinta y cinco años después, en medio del abandono de nuestra soberanía por tres revoluciones sinárquicas, que ahora no podemos analizar en profundidad, en medio de la desidia de esos personeros en otros sectores, horizontes, implementaciones, etc., EE.UU., contra todo lo pactado impuso su tiranía sinárquica, ¡y en qué forma siniestra! Usando de la alta tecnología satelitaria para destruir nuestros hombres, nuestras posiciones, nuestra voluntad de sobrevivir en la

guerra, mientras los tilingos porteños, encabezados por el increíble Costa Méndez creían en la nobleza de Haig y de la bruja Thatcher. Historia trágica que debemos aprender para los acontecimientos previsibles y que no pueden tardar, por decisión de los centros mundiales de poder. No funcionó el TIAR, y había sino anulado el centro de decisión soberana. Esta es la realidad, la única verdad en geopolítica sobre todo. ¿Cómo se recompone el margen decisionista? ¿Puede el señor Caputo con sus discursos y documentos increíbles, pueden los delirantes "sorbonaboys" que lo rodean, modificar un ápice, prudentemente, esta realidad, o la deteriorarán más, hasta límites tan desastrosos que sea ya imposible recomponer nada?

El segundo ejemplo contrario al de 1947 se concreta en el conflicto argentino-chileno. Primero el laudo, que arrastra desde Onganía su impericia y desde Lanusse en adelante su increíble distorsión, y luego la mediación que lo sustituye para englobarlo, esos dos momentos o recursos significan, lisa y llanamente acudir a potencias y a procedimientos equívocos y funestos, que son de suyo una anulación, no una restricción diplomática, repito: una anulación de centros decisionistas argentinos, según intereses y realidades argentinas; pues una ley geopolítica debió aplicarse en este caso, sobre todo por la experiencia argentina: cuanto más bilaterales sean las tratativas, los pactos, los acuerdos, e incluso las postergaciones *sine die*, tanto más inmune permanecerá el centro de decisión acometido o cercado. Un corolario ineludible se cumple entonces: cuanto más concentraciones de poder mundialista intervengan en el *casus iuris*, tanto más rápidamente será anulado el centro de decisión soberana. No necesito hacer la historia de estas lamentables instancias de la patria vilipendiada. Las inferen-

cias son obvias. He aludido a intereses y realidades argentinas, que custodia o implementa ese centro de decisión soberana. Pero en el caso que nos ocupa, en el curso de una acción mundialista puesta en marcha por la revolución argentina y el proceso, ¿qué intereses y qué realidades son entonces las que dinamizan estos conflictos y sus supuestas soluciones, elucubradas en el máximo secreto? ¿No estamos acaso más cerca de la guerra que nunca?, ¿no estamos al borde de decisiones mundialistas, que quieren prever un resurgimiento de la voluntad política del pueblo argentino, lo que llamo *segunda guerra de la independencia*, y no estamos entonces muy cerca de un acto funesto de la sinarquía, que quiebre para siempre nuestra integridad territorial? ¿Qué hará el peronismo, desperdigado en cuestiones minúsculas, sin que se oiga la gran voz del General a través de su heredero legítimo?

2

Ahora bien, para comprender todos estos trasfondos, para confrontarlos con nuestra doctrina y en fin para preparar al pueblo nacional y patriótico en una sana conciencia de las tensiones sinárquicas, conviene avisorar el plan global geopolítico en el que hoy nos insertamos, el curso de acción del gobierno argentino y las conclusiones que podemos inducir al confrontar ese panorama con la doctrina y la praxis justicialista de "tercera posición".

Para entender ese panorama es preciso definir las líneas geopolíticas que operan en el mundo, y sus objetivos en

cuanto a Hispanoamérica. Dentro de esos objetivos se destaca precisamente el nuevo concepto de *neutralización* del cono sur, y dentro de él por supuesto y en primera instancia el marco de la neutralización argentina, que concedería a las dos superpotencias un equilibrio de intervención político-financiera, político-tecnológica e ideológica, en un terreno limpio de confrontaciones bélicas y estratégicas. La Argentina sería el precio de un entendimiento en el Atlántico sur, mientras a nivel del Atlántico, se plantearían las alternativas del plan Reagan, o del plan Kissinger.

Advertimos entonces como inferencia teórica que *neutralización* implica destruir las bases doctrinales y políticas de "tercera posición", y como inferencia práctica el campo libre para una concertación de las dos superpotencias. A su vez en cuanto a nosotros, las inferencias se duplican por supuesto: en el primer caso, necesitamos clarificar el concepto, estudiar sus fundamentos filosóficos e históricos, comprender su vínculo con la doctrina peronista de la comunidad organizada, definir los perfiles concretos, que posibilitarían su implementación; en el segundo caso, se impone la urgencia de una denuncia nacional de la patraña imperialista, denuncia que debe ser esgrimida ante todo por aquéllos que invisten magistraturas políticas, pues ellos tienen en sus manos ciertos resortes de las decisiones soberanas.

Hemos definido hace mucho ya las tres geopolíticas fundamentales: la estadounidense, la soviética y la vaticana. Nada de lo que acontece en este momento en las tensiones globales de la política mundial es ajeno a ellas. Pero como además se trata en lo sustancial de una política bélica de confrontación tecnológica, cultural, ideológica,

religiosa, ningún contexto, estrato o comunidad política se salva de esa influencia, que como he dicho en otras conferencias preludia la III guerra mundial, en cuyos prolegómenos nos encontramos. Precisamente nunca como ahora han sido tan urgentes y necesarios los márgenes viables de una Tercera Posición que salve a la Nación de una catástrofe. Nunca como ahora ha sido tan decisivo implementar recursos políticos que salven y protejan los centros de decisión constructiva, según vías empíricas, descargadas de utopías ideológicas, contestatarias, o simplemente inviables; pero nunca como ahora en tales coyunturas difíciles ha sido menester preservar la soberanía política, que es la única que forjará la unión nacional.

Y bien, la geopolítica soviética pretende fundar el nuevo imperio de Eurasia, con la exclusión de América yanqui. La geopolítica yanqui a su vez, eminentemente talasocrática y areocrática pretende un control del mundo compartido, es verdad, pero cuyo centro de poder tecnocrático y financiero pertenezca al mundo de habla inglesa. La geopolítica vaticana, geopolítica de la paz a cualquier precio, ayudará a una u otra, o a las dos según convenga a sus planes judeo–cristianos, ecuménicos, de una iglesia planetaria, de una ética planetaria bíblica, de una restricción de la política a menesteres aldeanos en una sociedad cooperativista de solidaridad. La geopolítica pastoral alimenta la geopolítica de la paz soviética, aunque ésta signifique la máxima esclavitud; y alimenta también la geopolítica yanqui, en su humanismo liberal, eticista, anti–tradicional, poderoso disolvente para las tradiciones nacionales, como las nuestras.

Al imperialismo yanqui, que optamos por llamar *social-capitalista,* en que la libertad está sometida a la usura ju-

deo-cristiana, se contrapone el imperialismo soviético de la *nomenklatura* ideológica, o *social-comunismo,* que tiene pues su burocracia, su sistema, imperialismo de la III internacional marxista-leninista, pero con un centro de poder militar equipotente. Esta internacional resulta como una iglesia evolucionista, materialista, dialéctica, con sus dogmas (o sea con su disciplina religiosa) y su inquisición (o sea con sus herejías y su control teológico). Pues, compañeros, el marxismo-leninismo, excrecencia política del judeo-cristianismo, es en el fondo una religión, una iglesia, una disciplina religioso-institucional, capaz de fundar según algunos clérigos delirantes una nueva edad media, en que Papa y emperador (soviético) coincidirían en la articulación pacífica de una sociedad mundial y un poder mundialista. Quien no entienda estos trasfondos, no puede entender sus fenómenos, o sea, lo que aparece o se destaca en la textura cambiante de los hechos.

En estos cuarenta años, posteriores a Yalta, ha emergido, por complejas causas que no podemos discriminar ahora, un tercer imperialismo, que no tiene, es verdad, un centro de poder como Moscú o Wáshington, pero que alimenta sus canales operativos por la central de Roma ecuménica. Me refiero al imperialismo *social-demócrata*, excrecencia política de la II internacional marxista, reflotado por estímulo de la internacional demócrata-cristiana, por la política de Juan XXIII y Paulo VI, que intentaron formular un término medio teopolítico con los documentos *Pacem in terris* y *Populorum Progressio.* Muchos peronistas de esos años, 1959 en adelante, creyeron ver en esos mensajes un reconocimiento de la tercera posición justicialista, al punto que hubieran podido forjar la sentencia, muy parecida a la nuestra: ni yanqui ni marxista, social-demócrata

vaticanista. Esa misma tesitura, prolongada en treinta años, ha producido el fenómeno de una utopía social-demócrata que accede al poder por vías de acuerdos internacionales y vernáculos, con el designio de incorporar el país a una de las internacionales antedichas. Pero tal designio confronta la mandíbula sinárquica de Yalta, aplacada por la bendición de Roma, pero existente y operante con consecuencias fundamentales para el próximo lapso americano. En ese contexto emerge el plan sinárquico de neutralización del cono sur, que será esgrimido tal vez como solución óptima para las tensiones del Beagle y Malvinas, representará una consolidación del preconsulado del Brasil, para que controle sin duda los espacios geopolíticos de su *hinterland*, o sea Bolivia, y por allí presione hacia el oeste, hacia el Pacífico, según el viejo sueño de los bandeirantes: ser potencia decisionista en el subcontinente americano. Se pretenderá además confundir "tercera posición" y "neutralización", para contar con el apoyo masivo o estamental y político del peronismo, según el lema del Vaticano: la paz es el supremo bien del hombre, todo debe ser sacrificado a la paz, la paz es la garantía de los derechos humanos, etc.

En esas instancias se ubican los planes internacionalistas del grupo ideológico, utopista, que actúa en la cancillería argentina, con el señor Caputo a la cabeza, a los que he llamado "sorbona boys", por razones muy fáciles de explicar, pero que nos apartarían de nuestro tema.

Tercera posición, según expliqué ya, en numerosas conferencias desde 1967, es un concepto geopolítico y por ende global, que perfecciona la tradición de la neutralidad argentina. Ese concepto geopolítico del General se impone para América, frente al concepto de Yalta, y triunfa en di-

versas instancias políticas internacionales, según he recordado ya.

¿Qué es pues "tercera posición"? Distingamos dos capítulos, que trataré sucintamente: la *teoría geopolítica* y la *praxis diplomática*. Estas dos instancias están lamentablemente confundidas en el curioso estilo ideológico de la cancillería radical, de modo que lo primero pasa a ser un confuso programa americano sin perfil conceptual, y lo segundo una peligrosa trenza social-cristiana, social-demócrata, social-marxista que puede comprometer gravemente la realidad de la inserción mundial argentina en estos momentos de graves decisiones bélico-políticas.

Tercera posición no es tercer mundo, ni política de no alineados, ni tampoco neutralización. Tercera posición es un corolario de nuestro axioma doctrinal: soberanía, independencia, justicia. Tercera posición es el principio de identidad de nuestro perfil concreto, histórico, es decir que une los fundamentos de nuestra tradición y nuestra entidad, advenidas con la primera guerra de la independencia, y los fundamentos de nuestra instalación contemporánea, que es objetivo prioritario de la segunda guerra de la independencia.

Tercera posición aduce por tanto una concepción del estado, que el General explayó en cincuenta años de docencia, de actividad político-militar, de fundación político-institucional. En esa concepción del estado justicialista, hay un centro de decisión política que se refiere a la existencia de la comunidad organizada, que sólo puede ser tarea de los argentinos, poder de los argentinos, forja de los argentinos. Para ello, para la existencia de la comunidad política organizada que se instala y crece como el corazón

de esa organicidad viviente que es el estado, necesita perfilar simultáneamente su instalación internacional, no por una cuestión ideológica, que no hemos considerado hasta ahora, sino por una cuestión entitativa, physica, pues de otro modo sería imposible la existencia de tal comunidad. Por eso el enemigo nos cerca y nos ata con modelos ideológicos corrosivos que harían perder simultáneamente el perfil del estado y el perfil de aquella instalación antedicha. Esos modelos son varios, se entrecruzan, se sustituyen, se coaligan, pero todos convienen en decidir el ataque geopolítico por dos puntas. La primera cuestionando el derecho internacional a una instalación empíricamente viable y jurídicamente sabia y eficaz; y la segunda afectando el centro mismo de decisión, es decir, el recurso político del estado. Sin embargo, tiene prioridad siempre, como objetivo geopolítico estratégico, modificar de raíz la instalación internacional argentina, mientras que la modificación del poder resulta, para esos modelos xenocráticos, el objetivo táctico indispensable a fin de provocar la erosión de la soberanía. Desde Braden a Caputo, desde Zavala Ortiz a Costa Méndez, la historia se repite: el imperialismo de lengua inglesa es el imperialismo de los tilingos cipayos; el imperialismo de la miseria, la coerción y la impostura ideológica conviene a las masas empobrecidas, hambrientas, que son inducidas a esperar en una utopía marxista comunista. Pero el peronismo justamente no se ubica ni en una ni en otra.

3

Estamos ahora en condiciones de confrontar dos estrategias: una, la nacional, la justicialista, que en cuarenta años ha enfrentado graves coyunturas en razón de los perfiles teóricos y prácticos que recordé. Otra, la novísima neutralización, que podría esgrimir el gobierno social-demócrata de Alfonsín y sus "sorbonaboys", apoyados por la internacional congruente y dinamizados por un acuerdo zonal de cúpula entre Rusia y Estados Unidos.

En efecto, hemos advertido que el conglomerado de los países no alineados no condicen en absoluto con los requerimientos de "tercera posición", y que la geopolítica soviética no ha conseguido hasta ahora dominar esas tendencias del bloque supuestamente tercerista, sea por vía de Castro o Nicaragua, sea por vía de Indira Gandhi, u otros personeros. A su vez EE.UU. proclive siempre a manejar el garrote o el dólar, no ha logrado alinear a los no alineados con una fuerza ideológica que represente un contenido indiscutible frente al de la geopolítica soviética.

A este panorama, de suyo importante por englobar la situación argentina, se suma otro ingrediente mucho más activo y violento, que es en realidad la verdadera causa de los acontecimientos que en estas dos últimas décadas ha operado, o sea con gobiernos militares proclives a sumarse a la geopolítica yanqui, o sacudimientos populares proclives a transformarse en espacios de infiltración ideológica, económica, técnica, cultural para la geopolítica soviética. Me refiero a la confrontación de las dos superpotencias a lo largo de un eje imaginario que cruza el Atlántico, de polo norte a polo sur, y afecta con sus tensiones el imperialismo

de habla inglesa, por una parte, y por otra plantea a Rusia vastos problemas de expansión militar y política.

No necesito advertir que este conflicto, modelado y proyectado en cuanto a nuestra esfera internacional, tiene un efecto inmediato: anular una política de "tercera posición", reducirla a un americanismo de los centros financieros de Washington, o a los contenidos mundialistas de la II internacional. Pero los problemas estratégicos, bélico–políticos subsisten sin embargo en el espacio geopolítico del Atlántico, dividido en dos grandes marcos operativos: Atlántico Norte y Atlántico Sur. En este complejo cuadro aparece ahora lo que llamamos neutralización, según un vocabulario esgrimido por los teóricos de la social–democracia y que completa de otra manera, diría más bien estratégica, las nociones geopolíticas de tercer mundo y no alineados. No he encontrado el vocablo en el difuso estilo de los discursos alfonsinistas, o en los documentos, discursos y comunicaciones del señor Caputo, que yo llamaría licenciado en neutralización. Pero sí se encuentran los trasfondos y sobre todo la praxis. Y en esto radica justamente la gravedad de la derrota del 30 de octubre de 1983: que el poder constitucional coloca en manos del presidente un timón que puede enderezar la nave a otro puerto.

"Neutralización" es una noción esgrimida en Yalta, con diversa fortuna, cuya historia no podemos hacer ahora. Menciono un ejemplo que clarifica lo que podríamos llamar un espacio neutralizado: me refiero a Austria. El retiro de todas las tropas aliadas, el reconocimiento del estado de Austria con una soberanía neutralizada, el ejercicio de sus instituciones políticas según el modelo francés, sin fuerzas armadas, etc. generó en Europa central una suerte

de pulmón estratégico, que EE.UU. quiso ampliar en sucesivos forcejeos que explican los sucesos de Checoslovaquia, Hungría, y finalmente Polonia.

Neutralización comporta pues para la sinarquía mundialista dos contenidos fundamentales: 1) soberanía política limitada; 2) espacio estratégico limpio de confrontaciones bélico-políticas, con un corolario: zona franca de inversiones, penetración tecnológica, recambio industrial, etc. Se concede a Austria además la condición de sede de importantes organismos sinárquicos, de nivel mundial, donde convergen intereses estratégicos de las tres geopolíticas, ya descriptas. Según estas premisas, se puede firmar la paz, cualquier paz. Apliquemos estos requerimientos al eje del Atlántico para desentrañar la situación de nuestra patria en manos del licenciado en neutralización, agente de las presiones clericales y moscovitas, coaligadas contra la soberanía inalienable.

En el Atlántico norte las tensiones se suceden con variable intensidad y peligrosidad, que no es ahora el tema de nuestra disertación. Pero allí, en el caso del hemisferio norte, se trata nada menos que de la neutralización de Europa occidental y por ende liquidación de la NATO, o por lo menos su sustancial repliegue. No es éste un delirio infundado. El mismísimo Kissinger define estas circunstancias en un trabajo muy reciente, sobre los lineamientos de esta confrontación dramática en el Atlántico norte, y aunque no está claro a quién aprovecha el análisis de Kissinger, a quién quiere favorecer con esa presión de planteos geopolíticos; y aunque sabemos por nuestra amarga experiencia con la guerra del sur que Haig, discípulo de Kissinger, fue uno de los causantes del conflicto y que el mismo Kissinger anunció 48 horas antes, en la sede inglesa de Chatam

House, el estallido de la guerra y el apoyo norteamericano a la bruja de habla inglesa, en una palabra aunque sabemos que Kissinger es nuestro enemigo, debemos recordar el apotegma romano: *Fas est et ab hoste doceri.* Curioso también el elogio que hace en esas páginas de Lord Carrington, gran maestro del R.I.I.A., alta logia de la geopolítica del centro de poder angloyanqui. (Cf. TIME, 5 de marzo/84).

Si describimos esquemáticamente la configuración geopolítica que nos interesa, obtendríamos el siguiente sistema en relación con nuestro espacio geográfico y político, y en el marco de esta temática sobre la tercera posición:

1) En primer lugar, a lo largo del eje atlántico una confrontación que aminora su fuerza contrastante (la *détente* o distensión), o que profundiza el choque ideológico, político, tecnológico, estratégico (como disuasión o concentración).

2) Un despliegue de ese sistema en todo el espacio Atlántico y por ende en el Atlántico sur. Aquí insertamos los orígenes del proceso militar del 76, las causas de la guerra y los orígenes de los esquemas ideológicos del señor Caputo.

3) Un término medio que atenúa las consecuencias de la concentración bélica de los dos imperialismos: el social-capitalista y el social-marxista. Ese término medio está constituido por la social-democracia que considero un tercer imperialismo, internacionalista, culturalista, progresista, utopista, que interviene en definitiva como trasbordo hacia la sociedad mundial comunista dirigida por la élite del dinero y la concentración de los medios bélico-tecnológicos. Esa estructura se advertía en la trágica guerra del sur, y así lo explicamos en un texto del 8 de abril de 1982: el objetivo estratégico de esa guerra era el pasaje de un go-

bierno militar a un gobierno social-marxista; de fuerzas armadas nacionales a fuerzas armadas guerrilleristas; de un equilibrio social de la justicia, destruida por el "proceso" a una revolución del despojo. Fue la sólida conciencia nacional política de los argentinos, en cuya consolidación el peronismo ocupa lugar prioritario, fue esa conciencia la causa del fracaso del plan rojo, internacionalista, comunista.

4) Finalmente la estrategia pastoral de la paz que redimensiona en una utopía el hecho político de custodiar una frontera intransferible, territorial, o un perfil histórico de la república que heredamos y debemos fundar en la conciencia del Estado Justo.

Si no funciona la "tercera posición", es lógico suponer que la geopolítica de acuerdo sinárquico propondrá el camino de la neutralización, a través del gobierno alfonsinista, neutralización con pan y recursos tecnológicos, pero sin soberanía ni márgenes políticos que la esgriman o la consoliden y profundicen. Sin haber pasado por la guerra mundial, sin haber sido gestor de sus causas y tras haber evitado sus efectos aterradores, desde 1943, seremos como Austria del cono sur americano. Así se entiende la mediación vaticana, las confusas tratativas del señor Caputo con la bruja, el tejemaneje de la deuda, el apoyo de los socialismos europeos, que son a su vez instrumentos de la neutralización de Europa, en el esquema de Kissinger.

Se derrumbará entonces el proyecto de continentalismo, esbozado por el General en los últimos años de su vida. Pero ¿cómo se conciertan "tercera posición" y continentalismo americano? Es éste el último concepto, propuesto en nuestro temario de hoy. Lo expondré muy bre-

vemente, sin olvidar sin embargo que en ese horizonte se definirán las tendencias de los dos modelos en pugna: 1) una América hispánica libre de la coyuntura mundialista, como potencia *per se*, capaz de imponer condiciones a la paz; 2) una América hispánica dominada por zonas de neutralización, infiltración, o coerción, o simplemente de condominio sinárquico, que pueden tornarla campo de lucha entre los diversos imperialismos.

En otras ocasiones he denominado el continentalismo de Perón como una anfictionía americana, cuyo centro de referencia no es un culto común, como en el caso griego, sino una lengua común, que nos entraña en una semántica articulada y totalizadora. En este sentido el concepto justicialista se distingue de otros lineamientos conceptuales, que fueron propuestos con cierto aire de utopía en el siglo XIX, por ejemplo en el caso de Simón Bolívar. Se ha cumplido el año pasado el bicentenario del nacimiento de este prócer venezolano: había nacido en efecto en Caracas el 24 de julio de 1783. Con este motivo se ha exaltado y definido con variada fortuna la noción bolivariana, acuñada en su sentencia: "Nuestra patria es la América". Pero entre la concepción de Juan Perón y la de Simón Bolívar hay algunas diferencias fundamentales, que convendría indagar con mayor detenimiento. El recuerdo sólo pretende rescatar las reflexiones del General en un trasfondo de historia universal americana, que el enemigo le niega y que los peronistas muchas veces no recuerdan con suficiente nitidez.

En sustancia, el continentalismo de Perón es una noción política enfrentada a imperialismo, y centrada en la realización de una conciencia política institucionalizada, frente al enemigo anglo-yanqui, porque en éste campea el dominio de una explotación alienante; y frente al enemigo

ruso, porque en éste predomina la religión marxista-leninista, y sus interpósitos personeros, que anulan precisamente toda articulación política. Por entre estos dos acantilados, por entre estas dos rompientes de las tormentas políticas contemporáneas, en un estrecho tempestuoso debe conducir la nave el continentalismo. Como es lógico, podemos inducir una inmediata inferencia: sin tercera posición, constructiva y eficaz, es imposible ese horizonte político americano. Pues la soberanía, que determina semánticamente la noción y la diplomacia de tercera posición internacionalista en tratados o acuerdos posibles, no es una soberanía limitada, sino una soberanía fundacional. Pues de otra manera ¿cómo construiría ese espacio soberano?

Su relación con el ámbito de América, es decir, su consecuencia política fundamental a nivel de ese marco geopolítico, generaría un vasto espacio estratégico, que tal vez coronaría su dimensión contemporánea, como potencia geopolítica, de decisiones fundamentales, aunque no alcance los recursos bélicos convencionales y atómicos de las superpotencias. Precisamente la sinarquía al anular la voluntad política del estado soberano, según la comunidad organizada del justicialismo, pretende impedir el advenimiento de esa tercera potencia continental, que no se funde en los efectos de la guerra, en el reparto de Yalta, ni en la paz de Helsinki, sino en la forja de una nueva voluntad política de caracteres globales.

Compañeros: Hasta aquí hemos llegado, hasta estas conclusiones fundamentales que exceden los límites de nuestra patria y nuestro estado, ahora en ruinas. Distinguimos perfectamente entre realidad y utopía, pues la primera se articula de modo congruente, uniendo fenómenos em-

píricos e ideales de fundación soberana. En cambio la segunda, erguida en vagas nebulosas emocionales, es incapaz de resolver, definir, implementar. De allí, contra ese utopismo, precisamente, nace el apotegma del General, deducido del pensar griego: "Todo en su medida y armoniosamente".

Ahora bien, enfrentamos desde hace poco tiempo, después del delirio ético del "proceso", el delirio ético, utopista de los "sorbonaboys". En la medida en que el justicialismo comparte algunas franjas de poder político, debe oponer a esa utopía el sano realismo doctrinal y práctico peronista, que se traduce en obra concreta. Mientras el presidente resume su confusa ideología con la sentencia: "Los radicales somos una ética", nosotros debemos contraponerle una sentencia mayor y más fecunda: "Los peronistas somos una política", la política de la soberanía, independencia y justicia, traducida en obra perfilada, en implementación inconfundible, en justicia concedida no en la bruma confusa de la utopía, sino en el hoy urgente de todas las generaciones, niños o ancianos, que exigen la patria realizada, no la ética proclamada; que anhelan la sagrada tierra de la Nación integrada, no las secretas tratativas o acuerdos con los poderes sinárquicos; en fin la soberana decisión de un pueblo libre, que pueda ser artífice de la paz, porque es artífice de su propio destino, artífice de la victoria, que renace entre las ruinas. Queremos en una palabra la paz de la victoria soberana, y no la victoria de la paz ensombrecida y funesta. Queremos la patria libre de coyundas extranjeras, y el estado libre de sinarcas. Este es el mandato de nuestra historia originaria, la orden rotunda impartida por nuestro estratego incomparable, la voluntad de nuestro pueblo humilde, pero esclarecido, patriota, insobornable.

Se terminó de imprimir para el
Centro de Estudios Geopolíticos "Tercera Posición",
en la ciudad de Córdoba, el día 8 de octubre de 1984,
aniversario del nacimiento del iniciador y conductor de la
Segunda Guerra de la Independencia Americana,
Gral. Juan Domingo Perón,
quien sentó las bases del nuevo Estado argentino
que habremos de fundar para romper la dialéctica
regiminosa de gobiernos militares y demo-liberales,
y para que sea posible la consolidación definitiva
de la Nación Argentina
en la gran Patria hispanoamericana.